SEMANA A SEMANA

Del 28 de septiembre al 9 de octubre

Con nuestro encuentro semanal de evaluación, revisión y conversación en torno a nuestra labor y quehacer pedagógico-formativo, iniciamos una nueva semana. En esta ocasión, nos reunimos en el aula de grado once, maestros y maestras de ambas secciones, bajo la dirección de nuestro rector, Luis Fernando Castañeda.

Luego de los respectivos saludos, cargados de buenos deseos, nuestro rector comparte una reflexión en torno a situaciones puntuales, haciendo énfasis en los cambios significativos relacionados con el cronograma de final de año y en la trascendencia del compromiso de todos y todas para retomar los propósitos y objetivos inicialmente planteados. Estos, pese a las dificultades y a los diversos factores que inciden en su alcance, requieren de toda nuestra sabiduría, disposición y responsabilidad compartida.

En este sentido, resulta fundamental reconocer las circunstancias particulares de los cuatro actores del ejercicio educativo: el estudiante, el padre de familia, el maestro y el medio. No podemos desconocer la dificultad que implica lograr que estos cuatro protagonistas coincidan en estrategias, decisiones y alternativas que favorezcan el proceso formativo. Por ello, se hace indispensable una lectura realista del contexto que vivimos, sin perder de vista que valores como la constancia, la perseverancia y la paciencia son esenciales en la construcción de una disciplina de vida. Se trata de valores fundamentales que, en medio de las tendencias contemporáneas, parecen perder relevancia, pese a su importancia en la formación integral de nuestros estudiantes.

Con la llegada de nuestros estudiantes y el contacto inicial con ellos, se hacen evidentes las expectativas que despierta la semana que comienza, frente a la que viene, la cual es denominada *semana de*

receso escolar. Surgen entonces diversas situaciones e imaginarios que nos invitan a reflexionar. Una vez más, insisto en la importancia de leer nuestra realidad y reconocer cómo, para muchas personas, se desdibujan las prioridades, hasta el punto de concebir esta semana únicamente como la antesala de unas vacaciones. En ocasiones, el cansancio y el hastío terminan ocupando el primer lugar, alejándonos precisamente de aquello que debería ser prioritario.

Durante la mañana del lunes vivimos una experiencia magnífica, liderada por los maestros de inglés Alexandra Pérez y Juan Carlos Salazar: el *Spelling Bee*, un concurso de pronunciación y deletreo que contó con la participación de la comunidad educativa y que, en esta ocasión, tuvo como protagonistas especiales a los estudiantes de la sección de secundaria. Este tipo de iniciativas, además de fortalecer las competencias lingüísticas, propician espacios de encuentro, participación y aprendizaje compartido.

Como de costumbre, las propuestas de conversación y los diálogos permanentes con estudiantes, maestros, maestras, padres de familia, la psicóloga y mis compañeros del comité primario ocuparon una franja muy importante de nuestra labor. Continúan siendo experiencias que recibo con especial disposición, convencido de que cada encuentro representa una oportunidad para aprender, interpretar situaciones, comprender realidades y plantear estrategias o revisar aquellas que ya hemos propuesto.

Todo ello tiene un propósito que considero esencial: seguir promoviendo la educación como una prioridad y como una oportunidad maravillosa para agradecer, cada día, el privilegio de adquirir nuevos conocimientos y herramientas que nos permitan encontrar mayor sentido y disfrute en nuestra existencia.

Entre las experiencias de la semana, hubo una que me sorprendió de manera especial. Un encuentro casual, motivado por la curiosidad que despertaron en mí unos gritos y un bullicio provenientes de la cancha de fútbol —aclaro: no sintética ni mucho menos lujosa—, terminó convirtiéndose en uno de los momentos más significativos de estos días.

Allí se encontraba un numeroso grupo de estudiantes de grado once, reunidos alrededor de una pelota. Algunos no llevaban la indumentaria adecuada para la actividad; sin embargo, todos parecían estar desbordados de alegría por el simple hecho de encontrarse, jugar y compartir.

Aquella escena convirtió mi día, mi semana y, sobre todo, mi labor en algo verdaderamente grandioso. Poder observar, en tiempos como los actuales, una expresión tan genuina de alegría me llenó de emoción y agradecimiento. Vivimos en una época en la que muchas circunstancias parecen invitarnos a abandonar lo sencillo, pero auténtico, para acoger propuestas que privilegian el egoísmo, el individualismo y otras formas de distanciamiento de nuestra esencia humana.

Por eso, contemplar a nuestros jóvenes disfrutando de algo tan simple y, a la vez, tan valioso, me recordó que la felicidad también habita en los encuentros espontáneos, en el juego, en la risa y en la posibilidad de compartir sin mayores pretensiones.

Tal fue mi emoción que me atreví a expresarles a los estudiantes lo que aquella escena había significado para mí. Para algunos, mi reacción y, especialmente, mi agradecimiento parecían no tener mucho sentido. Se sorprendieron aún más cuando les manifesté mi gratitud por el verdadero momento de felicidad que me habían regalado. Quizá no alcanzaron a dimensionarlo, pero su espontaneidad me recordó que, muchas veces, las experiencias más sencillas son las que dejan las huellas más profundas.

Una experiencia que complementa lo anterior la viví, afortunadamente, el sábado, durante la ceremonia de celebración de la primera comunión de un numeroso grupo de niños y niñas de la sección de primaria. Nuestro recinto no solo se llenó con la presencia de los pequeños y sus familias; también se impregnó de una energía especial, que pude percibir y recibir como otro gran regalo.

Aquella celebración me llenó de esperanza y renovó mi compromiso con el inmenso reto que representa la educación. Ver reunidas a tantas familias en torno a un momento tan significativo de la vida de sus hijos me permitió reafirmar el valor de nuestra labor y la responsabilidad que

tenemos de acompañar, orientar y contribuir a la formación integral de nuestros niños y niñas.

Al grupo de maestras que hizo posible esta experiencia, encabezado por la coordinadora Karen Arias y la maestra Elizabeth Velásquez, nuestro capellán Carlos Montoya, junto con quienes las/los acompañaron en esta labor, les expreso nuestro agradecimiento sincero y permanente. Me permito, además, hacer extensivo este reconocimiento en nombre de los niños, las niñas y las familias participantes, quienes también fueron protagonistas de esta significativa celebración.

La semana denominada de receso escolar para nuestros estudiantes la vivimos nosotros, los maestros y las maestras, en medio de encuentros, valoraciones, evaluaciones, diálogos y conversaciones de carácter pedagógico y formativo. Bajo la orientación de nuestro rector, Luis Fernando Castañeda, y con la participación de todos, continuamos reflexionando sobre nuestra labor, convencidos de que la preparación permanente, la actualización de nuestros conocimientos y el trabajo colaborativo son fundamentales para fortalecer nuestras prácticas educativas.

Ojalá estas jornadas nos proporcionen el impulso necesario para culminar un año escolar colmado de retos, pero también de experiencias significativas que merecen ser reconocidas, valoradas y asumidas como oportunidades de aprendizaje. Porque educar implica mucho más que cumplir objetivos o desarrollar contenidos: significa aprender constantemente, reconocer al otro, comprender las realidades que nos rodean y renovar, cada día, nuestro compromiso con la formación humana.

Que cada encuentro, cada conversación y cada experiencia nos permitan recordar que, aun en medio de las dificultades, siempre existen motivos para agradecer, aprender y continuar construyendo juntos.

Para todos y todas, ¡una buena semana!

Luis Javier Hernández Montoya
Coordinador de Convivencia